

LA IDEA

Sr. D.

SEMANARIO REPUBLICANO

Suscripción. (Un año..... 4 pesetas.
Un trimestre..... 1 id.
Un mes..... 0'35 id.

Número suelto corriente 0,20; atrasado 0,20.

Anuncios y comunicados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Cuesta del Alcázar, 20.—Teléfono 133.

El pago es adelantado.

No se devuelven los originales aunque no se publiquen.

De los trabajos suscritos responden los firmantes.

Toda la correspondencia al director, D. Magdaleno de Castro.

Asamblea Municipal Republicana.

MANIFIESTO

No nosotros; ha sido el jefe ilustre del Gobierno, D. Segismundo Moret, quien ha denunciado en recientes discursos de Cadiz y Zaragoza, que desde hace treinta años no se legisla ni se gobierna para el país, y de ahí el hambre enseñoreada de la mitad de las provincias, la producción rudimentaria, africana la instrucción, consumidas en arrastrar peso muerto del pasado las dos terceras partes de este bárbaro presupuesto nacional de 1.000 millones. Igual sinceridad se había escapado a D. Francisco Silvela en 1895, y después en 1899, al ver corridos veinte años de monarquía y de paz, sin haberse gobernado, y como consecuencia de ello, «la obra de decadencia espantosa que habían realizado» no el pueblo, que éste cumplió hasta con exceso, sino exclusivamente ellos, los políticos, las clases gobernantes. También D. Antonio Maura, en discursos públicos de 1901 y 1902 pronunciados en Sevilla y Valladolid, había notado cómo el país sin constituir, con apariencias de *Gaceta* en vez de instituciones, cómo todo seguía por hacer, en estado de problema, desde el fomento de la cultura nacional hasta la protección de los intereses económicos, desde la instauración de libertades públicas, verdad, y la erradicación del caciquismo hasta la organización eficaz de las fuerzas militares, no habiendo obtenido el país absolutamente nada a cambio de los sacrificios sin cuento, en sangre y en dinero, que para constituirse como nación había hecho durante más de una generación. Desde aquellas fechas, las cosas no han cambiado sino en el sentido de empeorarse.

Ya lo ha oído el país y se llama a engaño: como Napoleón III en Francia, y más aún que Napoleón, la restauración borbónica, se ha limitado a gozar el país, sin los afanes y cuidados de gobernarlo. No se ha gobernado, y media España se desprendió y la otra media se muere. Se muere, aunque no nos damos cuenta de ello, como no nos dábamos cuenta antes de 1895 del derrumbamiento súbito, fulminante, que se nos estaba calladamente preparando. No se ha gobernado, y regiones enteras de la Península se han convertido en otros tantos desengañados Boadas, emigrando de voluntad, si no del territorio, de la bandera. No se ha gobernado, y las poblaciones de la Península siguen siendo, en lo general, los mismos rudos hacinamientos de infectas viviendas, oficinas de la muerte, que eran en el siglo XV, con los contados servicios públicos, materia de negocio privado, en manos de truts y de extranjeros.

Mirando las cosas desde un punto de vista creyente, optimista y humano, han pensado algunos de los nuestros que tal vez los concejales republicanos podrían, en parte, suplir esa falta de gobierno, independientemente del régimen y no obstante él, para que España no acabe de sucumbir; que podrían y deberían modernizar sus localidades, ciudades, villas y lugares, transformadas en otras tantas repúblicas chicas, morada digna del hombre del siglo XX, trasunto de las ciudades, villas y lugares de la Europa central y occidental, cuanto cabe dentro de nuestra economía actual y de nuestro estado de cultura. A adocrinarse y acalorarse mutuamente y fornar un doctrinal práctico de gobierno municipal, adaptado a nuestras condiciones, y forzar su difusión y popularización, está destinada la Asamblea, objeto de la presente convocatoria y las que han de seguirle de la misma índole. Rompamos la marcha en las regiones que compusieron el antiguo Estado de Aragón, con la esperanza de que sus demás hermanas de la Península y Canarias coadyuvarán al empeño de parecidas reuniones, ventilando tantos y tantos temas de gobierno municipal como quedan fuera de nuestro programa y no menos trascendentales que ellos.

Pero es el caso, que por ser España políticamente lo que es y haber clavado la rueda del tiempo, enquistándose en centurias pretéritas, la pura orientación municipalista no basta, como ha bastado en otros países, para que aquella constelación de repúblicas chicas surja y alumbré los ámbitos de la Península. Estas poblaciones no son incondicionadas, antárquicas: forman parte de un organismo superior, y necesitan de él tanto como él necesita de ellas. Y aquí la contradicción y el embargo. Necesitan, por ley de su naturaleza, un complemento en el Estado, y lo que encuentran en el Estado es una obstrucción, un coeficiente de rozamiento, que les consume ó anula la porción mayor de su energía viva, reclamada por la acción: necesitarían un patriarcado natural, y se encuentran con una oligarquía anorgánica, contra la cual son ellas impotentes, porque tal pestilencia excede los linderos de la localidad, tiene su baluarte y su raíz en el poder central y su clave de bóveda en la Corona. Esto han venido a exponer, en horas de sinceridad, los Sres. Silvela, Maura y Montero Ríos, diciendo que entre ellos (los políticos en activo) y la masa del pueblo existe absoluto divorcio, que los separa un abismo de maldiciones y de menoscipio. Desde que tal dijeron, esa sima que divide a los gobernantes de los gobernados, lejos de cesarse, se ha agigantado. Ahora bien, en una situación así de irreductible oposición entre el Estado oficial y el país, única en el continente europeo, las iniciativas de los concejales republicanos se helarían desastradamente en la primera flor: pondrían todos los ingredientes necesarios para elaborar una reforma, y la reforma no saldría. Aun cuando fuesen taumaturgos. De aquí la necesidad de una segunda parte en el programa de la Asamblea, referente a la forma política del Estado y al personal fracasado de la gobernación.

A cualquier hombre de Estado ó tratadista del extranjero habría de serle difícil comprender—á nosotros que lo comprendemos nos da vergüenza—que después de aquellas confesiones, ni los políticos de la Restauración se hayan apartado, á ley de honrados, del ejercicio del poder, ni el país los haya plantado en la calle, ó en más adecuado lugar, colmando por tal modo el abismo confesado, restableciendo el necesario equilibrio y correspondencia entre los centros nerviosos locales y el cerebro de la nación. Si el país, ya sin voluntad, quiere seguir dormitando y precipitándose en el ocaso, sin importarle despertar con la novedad de un lord Cramer ó de un general Wood al frente de su administración y de sus poderes, hemos de decir que nada más tiene que hacer sino lo que hace. Por primera vez, desde que existe Historia, ha podido esta registrar un período de treinta y cinco años seguidos sin guerra internacional en el continente europeo: ese milagro de equilibrio entre potencias era ocasión y plazo sobrado que se le brindaba á España para redimirse, escribiendo un capítulo como el del Japón, con este epígrafe: *De Africa á Europa*. Pero ya acabamos de verlo: no quiso la cuidada preocuparse de tener gobierno, aunque lo pagaba, y el capítulo amenaza titularse, como el del Sudán y Egipto. *De Africa á Inglaterra*. ¿Y hemos de permanecer nosotros también, republicanos y neutros, cruzados de brazos, encogidos de hombros?

¡Oh! no. Luego que se hubo perdido, con las provincias ultramarinas, la mitad del territorio nacional, los políticos se apresuraron á declarar que con la autonomía se habrían aquellas salvado para España, y que ellos habían sido siempre, en fuero interior, autonomistas; y los profesionales de la guerra comparecieron á confesarse ante el Senado, mostrándose arrepenidos de no haber desobedecido las órdenes del gobierno de Madrid. No aguardemos á que se haya perdido esta otra mitad del territorio, solar sagrado de la raza, para que nos peguen los primeros con decir que mediante la república lo que quedaba de España se habría salvado y que ellos fueron siempre en el fondo republicanos, y los segundos con arrepentirse otra vez de haber sacrificado la causa de la patria á

tildes de disciplina. La admirable labor que Inglaterra ha hecho por Egipto queremos que la haga por España, en vez de Inglaterra, la República.

Si ahora se nos pregunta quiénes somos en el partido y qué criterio pensamos recomendar á los asambleístas en orden á esta segunda finalidad, responderemos: somos los más revolucionarios de los revolucionarios para el efecto de apartar de la gobernación á los que por no haber gobernado el país ni dejado que otros lo gobernasen, lo perdieron, explotadores de la catástrofe por ellos mismos forjada; y somos los más gubernamentales de los gubernamentales para el efecto de crear en la península un pueblo moderno de que podamos enorgullecernos, é impedir que esta gloriosa madre de naciones, por no haber sido renovada á tiempo, vea deshonradas sus postrimerías, convirtiéndose en un nuevo reino indostánico, vasallo de la Gran Bretaña. Para lo primero la guerra; para lo segundo, el propulsor del Estado, la palanca del Municipio, todas las artes de la paz. Nadie tiene que recelar nada de nosotros: hemos aprendido á hacernos cargo, y somos conciliadores y transigentes. Aun cuando estuviera en nuestra mano, nosotros no lanzamos una España contra otra, la España nueva contra la vieja, ó al contrario: las dos son necesarias y han de aproximarse y fundirse en una sola, como se han compenetrado y fundido «las dos naciones» en pueblos de tanta prudencia política como Alemania, como Inglaterra, como Holanda y Dinamarca. Queremos que se respete toda clase de derechos adquiridos, eclesiásticos, militares y civiles. Y no pretenderíamos jamás ni consentiríamos que se lastimase lo más mínimo las creencias de los que las tengan. No nos mueven sólo las ideas: es que asistimos angustiados, estremecidos por la pena, encendidos en piedad, á la triste agonía de la patria, y nos pesa sobre la conciencia el criminal desamparo y soledad en que la dejan sus hijos, abandonada á curanderos desalumbados que hacen semblante de curarla, combatiendo la tisis con saliva en ayunas, sin que ensayemos, por fuerza de nuestra cobardía, remedios propiamente heróicos, tales como el que dejó prescrito en figura el padre espiritual de la raza, Cervantes.

Si logramos la fortuna de que el partido se reconozca en nosotros, y su plana mayor opina, como él, que es ya hora de mudar radicalmente de rumbo y de procedimientos, y las clases sociales no políticas, *alias* neutras, que componen la gran mayoría de la nación, le dejan franco el paso y no le niegan sus simpatías, acaso podamos todavía abrir el pecho á la esperanza de una reacción, de una vuelta á la vida y de una segunda juventud para nuestra patria.

**

Tales son, en obsequio, las razones que nos persuaden á rogar ahincadamente á las personas á quienes va dirigido este mensaje que presten á la Asamblea el curso de sus luces y la autoricen con su adhesión y su presencia. Las sesiones se celebrarán en Zaragoza los días 9, 10 y 11 del próximo Febrero. El centro de informaciones y organización se halla instalado en dicha ciudad, Casino de Unión Republicana.

Zaragoza, Enero de 1906.

De acuerdo y con aprobación de D. Joaquín Costa, el iniciador, A. LERROUX.—La Comisión general organizadora.

Notas semanales.

Fracaso de un gobernador.

Ha sido la nota culminante de la política provincial, durante la semana, el resultado de la lucha electoral en el distrito de Ocaña, donde ha triunfado en toda la línea el conservador Sr. Escobar.

Ha triunfado el Sr. Escobar en el distrito, ha triunfado en las actas remitidas á la Junta provincial del